

JORNADA CAM 2002

Nuestro ser apóstoles

Las fuerzas para nuestro apostolado

Hna. M. Angélica Infante

Realmente, después de ver el radioteatro, pega decir que cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. Estamos llamados a ser apóstoles en medio del mundo. La gran pregunta es con qué fuerzas, de dónde sacamos las fuerzas.

¿Es solamente un proponerse realizar un apostolado? Muchas veces sucede que en los perdones de la Misa, escuchamos decir: Perdónanos, Señor, *porque se nos olvidó* nuestro compromiso de militantes... Porque se nos olvida... ¿Nuestro compromiso de militantes, es acaso asunto de memoria? Creo que no; creo que no es asunto ni de voluntad ni de memoria. En el fondo se trata de dónde sacamos la fuerza para nuestro compromiso apostólico como militantes.

El P. Kentenich, en una de las oraciones del Oficio de Schoenstatt, dice algo que tiene mucho que ver con este pequeño radioteatro con que nos iniciamos. El P. Kentenich, en la Hora Sexta dice:

Así quieres formar en tu Santuario
una legión de hombres que recen
en los desiertos del mundo;

Es decir, apóstoles para los desiertos del mundo. El nos está diciendo que nuestro apostolado no será en un vergel, en un oasis, sino en un desierto. Por eso tenemos que sacar las fuerzas para hacer un apostolado, para poder rezar en los desiertos del mundo. Y agrega:

quieres conducirnos
a las supremas alturas del amor
para que en la lucha te seamos fieles.

De esto se trata nuestro apostolado. Tenemos una gran misión; tenemos que ser apóstoles en los desiertos del mundo.

Cuáles son las fuentes de vida propias del militante

Estamos hablando ahora de las raíces del árbol. El P. Rafael habló de las ramas, del follaje del árbol. Después veremos cómo unimos la copa y las raíces.

El Señor y al Mater han sido tremendamente generosos en prodigarnos muchas fuentes de vida. Al mismo tiempo, nosotros no somos ilusos; nadie se adentra en un desierto sin haberse asegurado de tener una buena cantidad de agua, porque sabe positivamente que si no lo hace, se quedará en medio del camino. Muchas veces nos pasa; sentimos que nos quedamos a medio camino, que nuestras fuerzas nos alcanzan para unas pocas cuerdas. Y sentimos que se nos acaba el agua.

¿Dónde están nuestras fuentes de agua viva?

El Señor y la Mater han sido extremadamente generosos con nosotros. Estamos rodeados de fuentes de agua viva, pero muchas veces no aprovechamos esas fuentes, el verdadero sentido de esas fuentes. O simplemente esas fuentes no nos atraen, no las sentimos como lo que verdaderamente necesitamos en nuestra vida. Porque tal vez no hemos comprendido, no hemos profundizado en el verdadero sentido que tienen, en lo que nos aportan cada una de esas fuentes que el Señor y la Mater nos regalan.

En esta reflexión, queremos profundizar en estas fuentes de vida y qué sentido tienen. Tal vez son todas cosas conocidas, pero quisiéramos volver a darles su verdadero sentido para hacer consciente qué tenemos que hacer cuando nos faltan las fuerzas, cuando sentimos que se nos acabó el agua, cuando sentimos que se nos acabó el vino. ¿Por dónde tenemos que buscar, a dónde tenemos que ir, dónde tenemos que cavar profundamente?

Para conocer estas fuentes que Dios nos ha dado, hemos distinguido tres fuentes de vida:

1. *Fuentes de vida generales, que son aquellas propias de todo cristiano.*
2. *Fuentes de vida originales, propias de un schoenstattiano.*
3. *Fuentes de vida particulares, propias de un matrimonio.*

1. Fuentes de vida generales

Las fuentes de vida generales nos son propias por nuestra vocación como cristianos. Son aquellas fuentes que nos abastecen de las fuerzas, del agua, del vino, del alimento que necesitamos para nuestra vida como cristianos.

Estas fuentes son la Biblia y los sacramentos. Son fuentes de vida, no sólo obligaciones. Muchas veces *cumplimos* con leer algo de la Biblia o con recibir los sacramentos, como obligaciones, pero no nos conectamos realmente con ellas como fuentes de vida, con la vida que nos traen los sacramentos.

Pensemos, por ejemplo, en el *sacramento de la confesión*. El sacramento de la reconciliación me lleva a volver a encontrarme como hijo delante de Dios; me da la oportunidad, una y otra vez, de reconocermelo pequeño y volver a entregarme como hijo; a volver a experimentar que mi pecado, mi falla, mi carencias, no me alejan de Dios. Que él me quiere porque es mi padre y siempre me espera. Y cuando yo le abro el corazón y me entrego a él con todos mis límites, con todo mi pecado, con todas mis carencias, vuelvo a experimentar que tengo un Padre misericordioso, que me sostiene, que me vuelve a entregar mi dignidad para caminar por la vida con la dignidad de hijo. Sé que hay un Padre que me sostiene, que vela por mí. El es el Padre del hijo pródigo, que hace una fiesta cuando regresamos a su casa.

Este es el sentido del sacramento de la confesión: nos devuelve nuestra calidad de hijos; de hijos que no temen nada ante su Padre, que saben que el amor del Padre está por sobre todo; que el amor del Padre es mucho más grande que nuestro pecado y nuestra miseria. Esto, para el hombre moderno, que vive de la apariencia y que muchas veces está equilibrando una imagen que no puede demostrar debilidad ante el mundo, le ayuda, le da fuerzas, lo renueva.

Pensemos también en este sentido, cuál es la realidad del sacramento de la confesión en nuestra vida. ¿Aprovechamos realmente la gracia de este sacramento? ¿Conocemos el verdadero sentido que tiene este sacramento para nuestra vida? ¿Reconocemos que es la oportunidad que tenemos de abrir nuestro corazón plenamente a Dios, a través del sacerdote? ¿Confrontamos nuestra vida real con el amor de Dios? ¿Cuánto amor me regala Dios y cómo es nuestra respuesta a ese amor? Cada confesión debiera ser la oportunidad de confrontarnos con ese inmenso amor del Dios que nos sostiene, que nos ama, y abrirle nuestro corazón para volver a experimentar que él nos quiere porque su amor es infinito y misericordioso, y no porque nosotros nos hemos portado bien.

En relación a esto, una vez una persona le preguntó al P. Kentenich por qué no se sentía profundamente querido por él. Y él le respondió: porque usted no me ha entregado aún su cámara oscura. En el fondo, esa persona guardaba mucho las apariencias, su imagen ante el P. Kentenich. El gran don de amor es el perdón. Y nunca nos sentiremos profundamente queridos por Dios si no desnudamos en forma sincera nuestro corazón en cada una de las confesiones. En ese momento, cuando abrimos nuestro corazón, cuando somos sinceros, cuando reconocemos a fondo nuestras faltas, sentimos y experimentamos el perdón y el amor de Dios, que nos quiere porque somos sus hijos y no porque nos hemos portado bien. Entonces realmente creemos en el amor de Dios.

Este es el sentido de la confesión. Es una fuente de vida inagotable que nos regala la dignidad de los hijos de Dios y nos da la fortaleza para poder vivir y ser apóstoles en los desiertos del mundo.

Pensemos en el *sacramento de la Eucaristía*. Es la oportunidad que Dios nos da para unir nuestra vida a la vida de Cristo, en forma diaria, semanal. Ojalá pudiésemos vivir de Eucaristía a Eucaristía. Tenemos la posibilidad de ir focalizando nuestra vida en la vida del Señor.

¿Qué llevamos a cada Eucaristía? Lo que nos preocupa, nuestros sacrificios, nuestras carencias. ¿Qué recibimos en cada Eucaristía? El Pan de la Vida, el alimento para nuestra vida interior. La Eucaristía da el verdadero sentido a nuestra vida. ¿Por qué? Porque nos hace comprender que todo lo que vivimos, las alegrías, las penas, los dolores, los éxitos, los fracasos, las frustraciones, los momentos difíciles y duros, unidos a la vida de Cristo, a la redención de Cristo, se transforman en redención para quienes nos rodean, para quienes queremos. Por eso, nuestra vida adquiere un sentido sublime. Si nosotros viviéramos a fondo la Eucaristía, con la frecuencia que pudiéramos, nuestra vida con toda su realidad desembocaría en la vida del Señor y no tendríamos posibilidad de depresiones. Sentiríamos que nuestra vida es fecunda, que estamos llamados a algo grande, que nuestra vida tiene un valor inmenso, porque estamos uniendo nuestra vida total a la acción redentora de la vida de Cristo. Con él estamos redimiendo el mundo; estamos redimiendo a nuestros hijos, a quienes llevamos en el corazón, a los nuestros, para nuestro cónyuge, para nuestros hijos.

Participar en la celebración eucarística nos conecta no solamente con el alimento que nos fortifica sino que da un verdadero sentido a nuestra vida.

Pensemos cuál es la realidad de nuestra participación en la Eucaristía. ¿Nos preparamos para ella o vamos en forma rutinaria? ¿Nos preparamos juntos, como matrimonio a la

Eucaristía semanal? ¿Qué llevamos al altar? ¿Qué ponemos en la patena? ¿Qué pedimos al Señor que transforme en nosotros? ¿Hacia qué somos enviados?

El P. Kantenich nos decía que tenemos que vivir de Eucaristía a Eucaristía, del altar de la Eucaristía al altar de la vida, de la Misa del altar a la Misa de la vida, de la Misa de la vida a la Misa del altar.

Pensemos con cuánta seriedad, Mario Hiriart vivía la Eucaristía. Cada vez que iba a comulgar, mientras el sacerdote se acercaba a él, decía: "Señor, siento tus pasos; un paso menos para que tú vengas a mi corazón". Es ésta la profundidad de nuestro corazón. ¿Podemos decir que cada paso que damos es un paso más al encuentro del Señor? ¿Lo recibimos como nuestro Pan de vida?

Pensemos también en *la Biblia*. Pensemos en el poder que tiene la Palabra de Dios, la vida que tiene esa Palabra. La recibimos también en la Eucaristía, pero cuántas veces nos recordamos de lo que escuchamos. ¿Nos preparamos para escucharla? La Palabra de Dios nos trae su presencia que nos ilumina, que nos fortifica, que nos consuela en momentos determinados. La Palabra de Dios debiera acompañarnos día a día, en nuestras oraciones personales, en nuestras oraciones como matrimonio, en nuestras oraciones como grupo, que son fuentes de vida.

Dios nos da su Palabra para sostenerme, para mantenerme, para que seamos realmente apóstoles en los desiertos del mundo.

Estas son fuentes de gracias que Dios nos proporciona por ser cristianos. Cada una de estas fuentes de vida son fundamentales.

Sin embargo, tenemos otras fuentes de vida por nuestra vocación a Schoenstatt.

2. Fuentes de vida originales

- ***El Padre fundador***

Cada uno de nosotros hemos sido llamados a participar en el carisma de Schoenstatt. Cuando nos reunimos en Schoenstatt, el año 1985, para celebrar el centenario del nacimiento del Padre fundador, después todos fuimos a Roma a tener un encuentro como Familia de Schoenstatt con el Papa. Eramos alrededor de 3000 schoenstattianos y esperábamos con ansias lo que el Papa nos diría. Por una mala imagen o mala experiencia, estábamos acostumbrados a que nos tiraran las orejas y eso esperábamos que hiciera el Santo Padre: qué nos iba a decir, qué nos iba a exigir, qué nos iba a pedir. Y Juan Pablo II nos dijo: *Cada uno de ustedes ha sido llamado a hacerse cargo y a participar del carisma de su fundador*. Eso es lo que espera la Iglesia de ustedes. Que sean responsables de este carisma que han recibido. De esta manera la Iglesia recibirá lo que espera de Schoenstatt.

Creo que el Papa nos repetiría esto mismo hoy día a cada uno de nosotros. Hemos sido llamados a Schoenstatt, llamados a asumir el carisma del Padre fundador. Este carisma encierra una misión pero también una gracia. *Es en unión, en vinculación con el Padre fundador que nosotros experimentamos o recibimos las gracias para hacer vida el carisma de Schoenstatt*. Es en unión personal a él, cercana, íntima, de hijos y aliados suyos que nosotros podemos comprender vitalmente Schoenstatt. Y al mismo tiempo, recibimos la

vida, la fuerza, el agua que necesitamos para ser schoenstattianos auténticos, capaces de ser apóstoles en medio de los desiertos del mundo, con un sello determinado, con el carisma del Padre fundador.

- ***La Mater - La alianza de Amor - El Santuario***

Queremos seguir al Padre fundador. Al entrar al Movimiento, sabemos a quién seguir. Queremos vivir con él y como él. Y él de su mano, nos lleva a la fuente de vida más profunda de Schoenstatt que es *la alianza de amor con la Mater en el Santuario*. Es él quien nos enseña a vivir esa alianza de amor. Junto con él queremos vivir esa alianza de amor que él nos enseñó y que, hace muchos años, él nos ha invitado a sellar y a vivir.

Queremos sellar una *alianza de amor con María*, pero con aquella Mater que Dios reveló al Padre fundador y que pasó a ser el alma de su alma. Cuando nosotros penetramos el corazón del Padre fundador nos encontramos con María, Madre y Educadora, con María, Compañera y Colaboradora de Cristo en la obra de la redención. Con aquella Mujer que se jugó por entero por la construcción del Reino de Dios aquí en la tierra. Ella es la Madre consecuente, que nos lleva a ser consecuentes a nosotros en nuestra vida, que nos lleva a seguir a Cristo, que nos lleva a construir el Reino de Dios aquí en la tierra, responsablemente. Ella nos lleva a cambiar este orden social destruido, a construir un nuevo orden social cristiano como lo expresa nuestro lema.

La Alianza de amor que el Padre fundador nos lleva a sellar con la Mater es una alianza que nos lleva a ser instrumentos de María; no es una alianza personal únicamente, intimista, sino que nos convierte en instrumentos en manos de María en medio del mundo. En medio del mundo queremos ser María; en medio del mundo queremos asumir la misión de María. Esta *alianza se fragua en el Santuario*. *No podremos vivir con vigor nuestra alianza de amor si no acudimos frecuentemente a beber del manantial de gracias del Santuario*. El Padre fundador nunca habría lanzado una misión, nunca hubiera tendido las manos a la misión que Schoenstatt tiene en el mundo si no tuviera un fundamento como el Santuario. Sin esa fuente de gracias inagotable que, a través de los decenios, ha sido el Santuario. Nuestra alianza de amor se fragua y se hace realidad en el Santuario, en la medida en que aprovechemos allí las gracias, en la medida en que vayamos sedientos a beber las gracias que la Mater nos quiere regalar en su Santuario.

El *Santuario es el taller*, el crisol, la fuente de gracias para el apóstol. Es el lugar donde se produce la conversión profunda del corazón. Es allí donde experimentamos el amor de Dios, la transformación, la fecundidad y el envío que nos hace el Señor por manos de María.

En la medida en que acudamos frecuentemente al Santuario vamos a aprovechar las gracias que allí nos da la Mater y, al mismo tiempo, en la medida en que abramos nuestro corazón a ella y le permitamos que intervenga en nuestra vida. En la medida en que hagamos del Santuario nuestro taller de transformación, en la medida en que hagamos de la presencia de María en el Santuario parte de nuestra vida a través de nuestras permanentes contribuciones al Capital de gracias, en esa medida recibiremos las gracias propias que María nos quiere regalar allí. De este nada sin ti, nada sin nosotros, depende la vitalidad de nuestra vida de alianza. Ella nos ofrece su permanente ayuda, su fuerza. Lo importante es que nosotros no

nos soltemos de su mano, que estemos permanentemente ofreciendo y entregándole nuestra vida.

Todo lo que hay en nuestra vida, puesto en manos de la Mater en el Santuario, se transforma en vida para otros. Pensemos en la oración de Ofrecimiento: Cuanto llevo conmigo, lo que siento....

¿Cuál es la realidad de nuestra alianza con María? ¿La vivimos así como el Padre fundador nos la enseñó? ¿La vivimos profundamente unidos al P. Kentenich? ¿Estamos permanentemente diciendo al Padre que nos enseñe a amar a María así como él la amó? ¿Le pedimos que él encienda nuestro corazón en amor por María, así como su corazón estaba encendido en amor por ella? ¿Que María sea alma de nuestra alma así como ella era alma de su alma? ¿Le demostramos a la Mater con hechos que la amamos? ¿Dándole alegría, haciendo su voluntad? La voluntad de la Mater es lo que ella expresa en las Bodas de Caná: "haced lo que él les diga".

¿Conversamos con María? ¿La escuchamos?

Hace pocos días, escuché unos testimonios de los jóvenes que fueron a Milwaukee y contaron una anécdota. Una de las Hermanas que fue secretaria del Padre fundador por muchos años, la Hna. Petra. Ella entró al Movimiento cuando estaba en la Universidad en Alemania. En esa época, el Padre fundador estaba exiliado en Milwaukee. Se hablaba mucho de este fundador que estaba exiliado, separado de su fundación. Y junto con su grupo quisieron conocer al fundador y fueron a Milwaukee. Ella se entusiasmó tanto con todo lo que escuchó y vio del Padre que le pidió quedarse con él como secretaria. Las demás volvieron a Alemania y el Padre la contrató como su secretaria. Le escribió cartas y documentos muy importantes. Una vez, el P. Kentenich había terminado de escribir un documento muy importante para la Iglesia y le pidió a esta secretaria que ella, en su nombre, fuera al Santuario a entregarle este documento a la Mater, puesto que él debía atender a una persona. Ella fue al Santuario, lo puso sobre el altar y le pidió a la Mater que ayudara al Padre con este documento puesto que significaba mucho para él. Volvió a la oficina y el Padre fundador encontró que todo había sido muy rápido y se lo dijo. Ella le explicó que el Santuario estaba muy cerca y que no necesitaba tanto tiempo. El P. Kentenich le preguntó cómo lo había hecho y ella le explicó que había colocado el documento en el altar y que le había pedido que ella se preocupara. El P. Kentenich le preguntó: ¿Qué le contestó la Mater? Y la secretaria le dijo: ¿Es que ella me debía contestar algo? El Padre le dijo: Por supuesto, ella debía contestar algo. Y le preguntó nuevamente cómo lo había hecho. Y el Padre le dijo: Quiere decir que usted dejó a la Mater con la palabra en la boca. Debes volver al Santuario y escucha lo que ella te quiso decir y contestar.

A mí esta anécdota me caló profundamente. Pienso que muchas veces hemos dejado a la Mater con la palabra en la boca; cuántas veces llegamos apuradísimos al Santuario, le lanzamos lo que llevamos, hacemos una genuflexión a medias y nos vamos. Y la Mater quería acogernos, quería decirnos algo, quería acogernos; tal vez nos quería consolar, aconsejar, iluminar, pero no la escuchamos, no la dejamos hablar.

Esta es la relación de hijos que el Padre espera de cada uno de nosotros. Este es el apóstol que tiene sus raíces muy profundas en el Santuario; que se da tiempo para estar en el

Santuario con tranquilidad, para escuchar a la Mater, para conversar con ella. Lo más importante no es lo que nosotros le decimos, porque ella lo sabe, sino lo que ella nos quiere decir en esa situación concreta que le llevamos. Así es la alianza de amor que el Padre vivió y que nos enseña a vivir; a vivir con esa facilidad, con esa sencillez, con esa actitud de niño.

- ***Los tres elementos de la alianza de amor***

Esa alianza de amor tiene tres elementos imposibles de separar. Al entrar a Schoenstatt, seguimos al Padre fundador; él es nuestro Padre y nuestro maestro. El nos lleva a una alianza profunda con María que se realiza y que se fortalece en el Santuario, como su fuente fundamental. Mater, Padre, Santuario, son inseparables para la vida de Schoenstatt y constituyen nuestra fuente de vida original para que podamos ser esos apóstoles con un sello propio.

La vinculación a estos tres pilares tiene que ser vital, que penetre nuestro corazón.

3. Fuentes de vida particulares de un matrimonio

- ***El sacramento del matrimonio***

El sacramento del matrimonio es la fuente de vida particular de un matrimonio. Pensemos que cada uno de ustedes ha recibido una vocación, un llamado a la santidad, a la Iglesia, y que, por el sacramento del matrimonio, este llamado se realiza en un camino "de a dos". Y que, por una gracia especial, los transforma, los hace a ustedes dos uno. Por el bautismo, han sido llamados y por la vocación matrimonial, el sacramento del matrimonio les da las gracias para ser uno, para caminar juntos.

Mediante el sacramento del matrimonio los cónyuges están llamados a ser signos del amor, de la unión de Cristo con su Iglesia, a tener un vínculo de amor profundo, salvífico. En adelante, por el sacramento del matrimonio, por las gracias que reciben por él, la felicidad, el crecimiento, la salvación de cada uno de los cónyuges, pasa por el otro. No es indiferente la santificación, el esfuerzo de cada uno para el otro. En el Hacia el Padre, hay un oración que dice:

En ellos repercuten tu ser y tu vida,
deciden su aflicción o acrecientan su dicha.

En ese sentido, la felicidad, el crecimiento de cada cónyuge depende del otro. ¿Por qué? Porque están llamados a ser uno. Y esa unión de destinos, ese amor salvífico, la salvación de cada uno depende del otro, pasa por el otro. El crecimiento de uno pasa por el otro. Y en la medida en que los cónyuges trabajen el sacramento del matrimonio, en la medida en que trabajen su amor, el sacramento del matrimonio será una fuente de vida inagotable.

Esta fuente de vida inagotable que es el sacramento del matrimonio se hace original y más particular por la vida de cada cónyuge; las gracias propias del sacramento del matrimonio pasan por la originalidad de cada uno, por el camino particular de cada uno de los cónyuges. A Dios "no se le van los pavos". A cada uno de ustedes los hizo casarse con una persona particular, determinada, original. En su matrimonio, cada cónyuge es para el otro aquel que Dios le regaló y le escogió; él es camino de santidad para el otro. Cada uno de los

cónyuges pasa por la historia de amor de su matrimonio.

- ***Cada cónyuge es para el otro un regalo, un desafío y una cruz***

La historia de amor de cada matrimonio tiene momentos muy hermosos pero también tiene heridas. Las gracias pasan por esos momentos de felicidad, por esos grandes momentos y por esas heridas. Y también por los anhelos, por los dones de cada uno. Por eso podemos decir muchas veces que cada cónyuge es para el otro un regalo, un gran desafío y también una cruz.

Cada cónyuge es para el otro un regalo de Dios.

Un regalo, porque cada uno, muchas veces, tiene que decir con toda sinceridad: ¡Qué hubiese sido de mí sin ti! Esto debiese ser una fuente permanente de meditación. Porque de esa forma nos conectamos con el matrimonio como una fuente de vida.

El P. Hernán Alessandri, con quien tuve la gracia de trabajar muchos años, decía que cuando el corazón es como una esponja; y cuando se pone seco, se endurece como la esponja sin agua; y entonces, era necesario volver a ponerlo en agua. Y así el corazón volvía a ser una esponja blanda, henchida. Y decía que este poner en agua el corazón era volver a ponerlo en el baúl de los recuerdos, de aquellos momentos hermosos que vivimos durante el primer tiempo de nuestro amor. Cada uno es para el otro un regalo inmenso y tenemos que volver a descubrir, a recordar esas gratificaciones que nos hemos regalado el uno al otro. ¡Qué hubiese sido mi vida sin ti!

Cada cónyuge es un desafío para el otro.

De repente nos damos cuenta que cada uno es tan diferente al otro. Uno es de una manera y el otro, de otra manera y pensamos... pero, ¿cómo pudimos enamorarnos, casarnos? Seguramente cada uno tiene un encanto y por algo nos elegimos libremente. Y este ser diferentes el uno del otro significa un desafío permanente; significa no solamente aunar el paso sino complementarse, mantener viva y fresca la admiración del uno por el otro. Solamente así es posible seguir adelante complementándose.

Es necesario reconocer la grandeza que hay en el otro cónyuge para poder abrirse a recibir ese gran regalo que significa y complementarse con esa otra persona. Si por los roces propios de la vida vamos cerrando el corazón, y lo más expuesto, lo más visible va siendo siempre aquellas cosas que producen roces, se va produciendo una lejanía, un distanciamiento, porque nadie quiere tener dificultades gratis en la vida, porque ya hay suficientes. Por eso, en la medida en que cada uno mantiene abierto su corazón a la grandeza del otro, en esa medida los cónyuges podrán complementarse siempre.

Cada cónyuge es para el otro un desafío, un estímulo, una exigencia de crecimiento, para poder crecer juntos.

Cada cónyuge es para el otro una cruz.

Pero también cada cónyuge es para el otro una cruz. Hay cosas del otro que cada uno tiene que aceptar, porque su manera de ser no cambiará. Esa cruz tiene gracias de salvación. Cada una de las cruces nos da la posibilidad de participar en la obra redentora de Cristo. Estamos llamados a seguir este camino de santidad, a trabajar nuestro amor, a encontrarnos,

a cavar hondo para encontrarnos con esa fuente de vida que es nuestro sacramento del matrimonio. Pero si no trabajamos nuestro sacramento del matrimonio, estamos negando al otro una fuente inagotable de vida.

- *¿Cómo trabajamos el sacramento del matrimonio?*

A través de las cuatro **R**. En la medida en que **Rezamos** juntos, en la medida en que **Reencantamos** el amor, en la medida en que **Revisamos** juntos nuestra vida y en la medida en que nos **Renovamos** juntos, en esa medida estaremos trabajando nuestro amor, nuestro sacramento.

Estas son las fuentes de vida que mantienen al apóstol.

Ahora tenemos un gran desafío: cómo unir las raíces con la copa del árbol. Este árbol de nuestro apostolado tiene tres macizos: la raíz, que equivale a las fuentes de vida generales: la Biblia, los sacramentos de la confesión y de la Eucaristía; las fuentes de vida originales: Mater, Padre, Santuario; la fuente de vida particular que es el sacramento del matrimonio. Estas raíces absorben todos los nutrientes y a través de la savia llegan a transformar el árbol en un árbol vigoroso, frondoso que pueda acoger a muchas personas y que dé distintos frutos, con distintos y variados sabores. Si nosotros no ofrecemos esta savia que nutre, el árbol se muere.

4. Los medios ascéticos.

La protección del árbol es la corteza. Si sacamos a un árbol su corteza, se muere. La savia se dispersa. Lo que asegura que la savia llegue a la copa del árbol, para transformarlo en un árbol frondoso, vigoroso, con frutos variados y sabrosos, es la corteza del árbol.

Esta corteza equivale a los medios ascéticos, que son los seguros que nosotros nos ponemos, la protección de las fuentes de vida. Los medios ascéticos no tienen otro sentido que proteger la savia, que procurar que la savia llegue intacta a las ramas, a los frutos.

- *¿Por qué nos interesa hacer de esta relación entre gracia, seguros y frutos?*

Porque a veces ponemos un gran empeño en los medios y éstos no tienen sentido si no nos conectan con la fuente de vida. Los medios, los seguros no tienen sentido si no llegan a transformarnos en apóstoles vigorosos, verdaderos que viven profundamente del ardor y de la presencia de Cristo en su corazón, que son los aliados del Padre fundador, que construyen con la fuerza del Padre fundador y que son aquellos que están trabajando profundamente su matrimonio como una gran fuente de fuerza viva.

- *¿Cuáles son estos medios ascéticos?*

Estos medios ascéticos son el trabajo con el horario espiritual, que nos asegura las fuentes de vida; el trabajo con el ideal personal, con el examen particular, la confesión regular. Son medios que, de alguna manera, nos conectan a la fuente de vida propia de nuestro matrimonio.

Solamente en la medida en que estos medios estén cumpliendo su función de ser protectores de la savia, protectores de las fuentes de vida, experimentamos que nos sirven y vamos a servirnos de ellos. Pero siempre teniendo en cuenta que son medios y no fines.

Cuántas veces uno escucha decir a una persona que no es militante porque no es capaz de cumplir un horario espiritual, porque le da lata trabajar con propósito. El militante no se juega en esto, el militante se juega en la medida en que sus raíces están profundamente arraigadas en las fuentes de vida necesarias para ser un apóstol vigoroso. Estamos llamados a ser apóstoles fecundos. Estamos llamados a ser apóstoles vigorosos, alimentados realmente con la gracia del Señor en las fuentes de vida. Pero queremos ser reales. Sabemos de nuestra fragilidad, de lo difícil de la lucha en medio del mundo. Y por eso protegemos las fuentes de vida, protegemos la savia, protegemos y trabajamos nuestro matrimonio.

Esta es la relación entre fuente de vida, entre medios ascéticos y entre nuestro gran ideal de ser apóstoles en nuestro medio. Solamente así podremos ser esos apóstoles en los desiertos del mundo que caminan en forma vigorosa, como lo hizo la Mater, fuerte y digna, sencilla y bondadosa, repartiendo amor, paz y alegría.